

HALLÁNDOME EN EL LUGAR llamado Valle de Dios, adonde había acudido como prócer escribiente del rey Alfonso, al que apodaban Magno, antes de que con él partiera en romería hacia el templo nuevo del apóstol Santiago, y siendo ya la hora avanzada del atardecer, cuando los vientos se enfrían y arruinan los helechos, escuché un alboroto grande de gente que gritaba, se quejaba y lanzaba aullidos desquiciados que llegaban hasta el cielo, y pregunté por el motivo de aquel vocerío y me explicaron que un grupo de lugareños, reunidos por un instinto común, querían socorrer a la luna tratando de impedir su oscurecimiento, eso pretendían, y para lograrlo hacían sonar campanillas, cuernos y trombas, como se hace antes de los combates, y arrojaban lanzas y piedras, y disparaban flechas y lanzaban maderas y carbones encendidos para evitar que los monstruos de la oscuridad acabaran devorando al astro mortecino, y muchos gritaban descompuestos, y otros, los más frenéticos, rompían las vasijas de barro contra los muros, deshacían los muebles y arrancaban los cercados, convencidos de que así ahuyentarían a los enemigos de la luna y evitarían su sufrimiento, el cual, sin ninguna duda para ellos, acarrearía penurias, mortandades y locuras. Aquel suceso me trajo a la memoria las historias que durante un tiempo breve de mi juventud había escuchado de boca del errante Magilo, príncipe que lo había sido de los pueblos astures, el más anciano y el más sabio de los hombres conocidos. Y fue aquella noche cuando tomé la decisión de poner por escrito los recuerdos de aquellos meses, desde que Magilo llegó a nuestro palacio de Cenera hasta que su cuerpo, desgastado como la vela que alumbró toda la noche, se desvaneció ante nosotros como si fuera ceniza. Sus enseñanzas determinaron mi vida porque me educó en el estudio de mí mismo, imprescindible para fundamentar cualquiera otra sabidu-

ría, me enseñó a observar a los hombres, a entender sus miedos y sus supersticiones, me descubrió el fundamento de los seres elementales que habitan en el mundo intermedio y me relató numerosas historias del pueblo de los astures al que mis antepasados habían pertenecido. Iniciado en la filosofía, en la poesía y en las ciencias por el que durante algunos años fue mi maestro, el monje Flaino, pude leer muchos libros y a través de ellos me llegó la voz de los hombres, sus lamentos, sus delirios, sus temores y sus estremecimientos. El rey Alfonso, hijo de Ordoño y de la noble Munia, al escuchar de mi boca el relato de aquel suceso en el que unos hombres pretendían ayudar a la luna, se echó a reír y llamó a los presbíteros y monjes de San Salvador y los exhortó para que advirtieran a sus feligreses de la necedad que suponía aquella creencia según la cual con sus actos y sus gritos pretendían ayudar a Dios, como si Él en su omnipotencia no fuera capaz de proteger por sí solo a los astros que había creado. El rey era un hombre muy religioso y su fe y su devoción habían aumentado desde que sus hijos, con el apoyo de la reina Ximena, se habían rebelado contra él. Conjurados los infantes García, Fruela, Ordoño, Ramiro y Gonzalo y abastecidos de gentes y de armas desde los castillos de Alba, Gordón y Arboleo, el rey, con el fin de evitar derramamientos de sangre y perjuicios graves a su reino, y apelando a la caridad y al amor a los suyos, en presencia de sus hombres principales, entre los que me encontraba, hizo dejación del reino y renunció a él en favor de su primogénito García. Desde aquel día hubo imágenes sombrías en sus ojos y sus palabras estaban estremecidas de tristeza. Hace de esto casi dos años y desde entonces acompañó al anciano monarca en su peregrinar por los monasterios de su extenso reino y escribo cuanto él me refiere de sí mismo, de los pueblos que sabiamente gobernó y de sus ilustres antepasados. Mi nombre es Melendo y soy el único hijo del conde Numio de Piniolo y de Fronilda de Luna, y desde la muerte de mi padre en la batalla contra Muhammad ben Lope, frente a la fortaleza de Grañón, gobierno desde el

palacio de Cenera las tierras y los pueblos del valle del río Cuna, desde el monte Llosorio hasta el lugar donde el río Lena ensancha y aumenta su caudal. El príncipe Magilo me enseñó a observar las señales del cielo y de la tierra, a escuchar las voces de la naturaleza, deformadas unas y cautivadoras otras, a distinguir lo fortuito de lo necesario y a valorar la paz como el principal fundamento de la sabiduría. Él me hizo entender que hay un mundo en el que habitamos, otro que habita en nosotros y un tercer mundo intermedio poblado de seres elementales que son el reflejo de nuestros sentimientos, y también aprendí de él que a través de la observación y el silencio podemos conseguir la armonía de los tres mundos. Aquellas gentes del Valle de Dios, intentando mediante aspavientos, flechas y aullidos ayudar a la luna, me hicieron recordar las historias de Magilo. A partir de aquel día, a la vez que escribía las cartas y las crónicas que el anciano rey me dictaba, comencé a poner por escrito cuantos recuerdos aún conservaba del tiempo que Magilo había pasado con mi familia en el palacio de Cenera. Fue un tiempo breve, tan breve como el brillo de una lágrima, pero intenso e importante, como la crecida de un río, y quiero ahora, varios años después, escrutar el lodo blando de la memoria y remover la hojarasca de los asombros y atropar los residuos que dejan los sueños y apartar con el sople inofensivo de la palabra esa niebla que a veces nos envuelve los pensamientos.



EL PRÍNCIPE MAGILO llegó aquella primavera como una aparición de otro mundo por la cuesta que asciende desde el río Cuna hasta el monasterio de San Juan de Cenera, y recuerdo que avanzaba despacio, como un sonámbulo en medio de la luz del día, apoyado en un poderoso bastón y despegando con dificultad las sandalias del barro sucio que aún no había conseguido derretir el sol, y vestía una túnica azul desgarrada por el tiempo y manchada con el polvo de todos los caminos, y sus barbas y sus cabellos ya no tenían color y brillaban dispersos alrededor de su cara como un enjambre de estrellas, y al llegar al pórtico se detuvo, clavó los ojos en mí, tomó aliento, se limpió el sudor de la frente y me dijo, soy Magilo, llévame junto a tu padre, y no entendí entonces cómo aquel hombre, al que jamás antes había visto, había conseguido reconocermé, y me parecía que su voz había perdido las vibraciones humanas y que sus palabras tenían el olor y el sabor de la hojarasca vieja. Entregué al monje Fromistano, hermano de mi abuelo Pinio, la cesta con las viandas que mi madre preparaba para él cada semana y luego acompañé al forastero hasta la casa. La salmodia de las vísperas despedía la tarde y el valle flotaba en la vaguedad que precede a la desaparición de la luz. Una brisa suave estremecía los bosques y extendía el olor de los primeros retoños. Estaba cerca la hora del crepúsculo, el momento en que el temblor de la tierra oscurecida todo lo iguala y los ejércitos de los duendes y los diablos atraviesan las fronteras sagradas para venir a espantar a los hombres débiles. En las laderas del valle crece la espesura de unos bosques a los que las hachas apenas rozan, florestas que sacuden el ramaje de sus árboles antiguos cuando llega la noche y que la gente imagina pobladas de fuentes sagradas, de seres encantados, de cavernas misteriosas, de dioses que hablan a través del viento y de pájaros que algún día fueron dioses.

Cuando llegamos al palacio, mi padre, el conde Numio de Piniolo, saludó a Magilo con respeto y ordenó a las siervas que le lavaran los pies y le ofrecieran un cuenco de sidra fresca. Su piel estaba reseca y enmagrecida, cruzada por surcos profundos y sembrada de abundantes protuberancias del color y el brillo de la miel. Mi padre me dijo que la última vez que aquel príncipe proecto de los astures había honrado nuestra casa con su presencia, él, mi padre, tenía mi edad, y me lo dijo orgulloso y feliz, y cuando el anciano terminó de sorber la sidra con sus labios agrietados, nos habló del primer Piniolo, aquel prócer que por buscar la paz con los pueblos astures acabó decapitado junto con sus siete hijos por orden del rey Ramiro, quien lo había acusado y condenado por conspiración y traición al reino. Nos decía Magilo que el rey pensaba que con aquellas ejecuciones se agotaría el linaje del prócer de Cenera, pero no sabía Ramiro que el segundo en edad de aquellos siete infortunados ya tenía dos descendientes, Pinio y Fromistano, que en tiempos del rey Ordoño llegarían a conseguir la cualidad de los caballeros principales, con las emblemáticas señales que aún conservamos, una luna entera brillando sobre un bosque de abedules. Y mi padre le dijo a Magilo, sabemos que vos presenciasteis aquellas ejecuciones, eso le dijo, y pensé que no había entendido bien sus palabras porque aquellos hechos terribles, de los que tenía referencia por mi abuelo Pinio, habían ocurrido hacía demasiados años para que ningún ser aún vivo los hubiera presenciado, y Magilo percibió mi estupor y por eso me miró fijamente y de sus dientes desordenados salió el repeluzno de una voz agónica que me explicó, el tiempo no siempre es algo que pase o se pierda, el tiempo, a veces, no tiene un discurrir definitivo, sino que se manifiesta como la propia conciencia, como un flujo de vivencias rotundas que se espantan y sin apenas detenerse en el presente se anticipan al futuro. Así nos hablaba y a mí su voz no me parecía la voz de un ser humano porque tenía la forma de los aullidos y se quebraba a cada palabra.

Todo en nuestro mundo parece funcionar por razones inexplicables. El ronroneo de los insectos es interpretado por algunos como el deambular ruidoso de las hadas. Una mariposa aleteando sobre la encrucijada de los caminos o sobre las ollas de los hogares bien podría significar el anuncio de una conexión funesta entre hombres y espíritus errantes. Existen plantas secretas que se recogen en los claros de la luna, plantas que se mezclan para establecer filtros y ungüentos capaces de transmutar cuanto es palpable y visible, y así las retorcidas raíces de la mandrágora transforman la melancolía en fuertes deseos de vida, y la belladona es capaz de convertir el dolor en ilusiones, y el beleño procura la locura momentánea, y el estramonio transforma a los hombres en bestias y el polvo amarillo del selago endurece la piel que ha sido debilitada. Los caballos con sus repentinos y agudos relinchos anuncian presencias desconocidas y de pronto los silencios se enturbian con conversaciones dudosas que enredarán nuestros sueños. La vida está llena de secretos. Los dioses ya conforman una muchedumbre. Por la tenebrosa espesura de los bosques cruza un enjambre de seres diminutos cuyo vocerío áspero ahuyenta los sahumeros inútiles de las jóvenes asustadizas. Las procesiones de los druidas se cruzan con aquellas que se alinean detrás de la cruz y la estantigua observa desde la niebla borrosa el discurrir de unas y otras a través de la floresta. Los dólmenes sagrados aún prosperan como saúcos al lado de iglesias y monasterios.

Las palabras de Magilo llegaban hasta mí como himnos solemnes, enlazadas con la amargura de cuantas preguntas yo no sabía responder, pero aderezadas con la esperanza de una sabiduría nueva. Yo había oído hablar de los siervos de la luna y también de los adoradores del diablo, incluso había escuchado que unos y otros formaban parte de un misterio único, y me preguntaba entonces si aquel ser recién llegado no formaría parte de uno de los grupos secretos que cruzaban la tenebrosa espesura con sus voceríos y sus ritos sangrientos. Sus frases, a veces deshilva-

nadas por una respiración dificultosa, iban y venían desde la explicación al miedo, desde el asombro a la revelación, desde la previsión a la nostalgia, desde la imploración a la confianza, y yo contemplaba sus ropajes y sus aspavientos como quien, después de abrir una puerta prohibida, descubre la impunidad de un secreto. De vez en cuando, el anciano príncipe se detenía un instante y tomaba aliento y esas detenciones breves tan expresivas eran parte de su discurso. Continuó diciendo, fue un conde llamado Sonna quien se encargó de cumplir las órdenes del rey, fue ese caballero principal quien prendió a Piniolo y a sus siete hijos en esta misma casa de Cenera en la que ahora estamos y en la que desde entonces habita vuestro linaje, y los llevó ese conde Sonna hasta los palacios del rey, y os aseguro que pude ver los ojos aturdidos de los ocho ajusticiados antes de que el verdugo se los cubriera con una tela negra, vi sus cuellos fornidos doblegarse sobre los troncos, vi cómo la muerte fue envolviendo a cada uno con la sombra de su ignominia a la vez que una espada vigorosa, de un tajo certero, iba cortando las cabezas, una a una, limpiamente, y os puedo asegurar que el fragor de la matanza retumbó contra los muros y que los ecos de los alaridos se propagaron como una peste caliente por el aire de la ciudad hasta resquebrajar el ánimo de los pájaros, hasta hacer que las gentes creyeran sentir bajo sus pies cómo el tropel de los mal enterrados removía la tierra y hasta lograr que la tarde se detuviera sobre la espesura de las breñas en una quietud que fue vivida por todos como infinita, así fue vivida por todos, y el horror recorrió estas tierras, y en esta casa, una mujer enfermiza, pretérita esposa y madre, recorría las habitaciones emitiendo aullidos infernales y comiéndose a puñados la tierra de las paredes, mientras los niños Pinio y Fromistano, salvadas sus vidas únicamente por ignorar el monarca su existencia, lloraban en un rincón al ver a su abuela enloquecida. Mi abuelo, muerto años atrás, me había referido aquella historia, pero no sus detalles, y, ahora, explicados por Magilo, se hacían tan presentes que las imágenes parecían materializarse y tomar vida en aquel patio salpicado de siervos y gallinas

y en el que olía al estiércol de las caballerías y a la sidra de las tinajas, y en el que también empezaba a oler a la sangre de mis antepasados. El anciano hablaba absorto en una pesadilla, sumido en un trance de iluminado, y nos decía, en los robles de la muralla se colgaron las ocho cabezas y la tarde se convirtió en un lamento, y las gentes que pasaban cerca doblaban la rodilla en media genuflexión o se santiguaban o cruzaban los dedos o pronunciaban conjuros para ahuyentar otras desgracias o aceleraban el paso y cubrían con sus manos trémulas los ojos de los niños, y estos hechos fueron el comienzo de una época terrible en la que aquel rey impasible y jactancioso pretendió reconstruir el mundo. Magilo nos habló de los primeros reyes y se refirió especialmente a Ramiro, y nos relató cómo este rey, primogénito del diácono Bermudo, le había usurpado el poder a Nepociano, y también se refirió a las campañas de exterminio que emprendió contra los pueblos astures, a las rebeliones internas de próceres y condes que hubo de sofocar y también a las guerras libradas contra los bárbaros normandos, que llegaban por el mar, y nos habló Magilo, sobre todo, de los sufrimientos y los clamores de esta tierra y de sus príncipes legítimos, entre los que él un día se había contado.

A menudo llegaban al poblado voces desde la cercanía de los bosques donde la melisa que contenía las energías del agua o el enebro que adormecía los recuerdos que duelen o la verbena de los conjuros sagrados exhalaban sus poderes, y esas voces olorosas se extendían sobre nosotros como ecos de ladridos o como relinchos de yeguas heridas, se propagaban como graznidos de cuervos confundidos, como tintineos de campanas tañidas por vientos malignos, y esas voces venían a gobernarnos, a guiar los tiempos de nuestras vidas por los senderos que conducían hasta las raíces del mundo, y así el mundo era un bosque grande que crecía al abrigo de los antojos divinos y las voces eran los zumbidos del enjambre de los elementales del aire, del agua, del fuego y de la tierra.



Acomodado ya en un banco de la sala, Magilo nos decía, nuestra tierra, en aquella dómina funesta de Ramiro, se quedó desnuda y negra como la noche, pues hubo poblados arrasados por completo por el ejército del rey, como aquellos que se extendían desde Fandiño a Tuiza, al amparo de las peñas más grandes, y los pocos supervivientes que consiguieron huir de la furia del ejército dirigido por un conde llamado Escipión anduvieron perdidos en el horror de la muerte, restregando sus rodillas contra la tierra, golpeando su cabeza contra los árboles, sin ni siquiera ser capaces de enterrar a sus muertos, y acabaron echándose a rodar por las peñas de los barrancos, y así fue como el cielo del monte se cubrió con una marea negra que apagó la vida, y los manantiales dejaron de correr espantados por la locura del nuevo rey y de los nuevos dioses, pues mataron a los hombres y a las bestias, a las mujeres ancianas las dejaron huir hacia las peñas blancas y por allí anduvieron un tiempo maldiciendo la suerte de seguir con vida y a las mujeres jóvenes y a los niños los arrastraron hasta los valles para repartirlos como siervos de los siervos.

Hasta la hora de los almuerzos, el príncipe Magilo siguió relatándonos las historias de aquellos pueblos que el rey Ramiro había pretendido exterminar. El príncipe observó las bandejas de carne asada, los huevos cocidos y los quesos añejos y pidió a los siervos que le trajeran unas hojas de verdura o alguna fruta fresca, pues eran estos alimentos los únicos que admitía su longevo cuerpo. Me explicó que el abuelo del prócer Piniolo había sido un arrónida, de los que bajaron a los valles a cultivar el mijo, y que había muerto, ya anciano, en una de las revueltas de los siervos contra el rey Aurelio. Me dijo, el padre de Piniolo fue soldado en el ejército del segundo Alfonso y en el asedio a Lisboa destacó por su coraje y volvió como capitán y el rey lo premió con estas tierras que aún os pertenecen y que él pobló con mozárabes y gallegos. Le pregunté a Magilo por qué el rey Ramiro no había privado a nuestra familia de estas posesiones, después de

haber ejecutado a Piniolo y a sus siete hijos, y él me respondió, así ordenó que se hiciera, pero el conde Sonna, de las tierras de Llatores, en esta ocasión aplazó las órdenes del rey. Le pregunté a Magilo si sabía por qué Sonna había decidido olvidar las órdenes de su rey, y me dijo, anduvo mucho tiempo atormentado por una herida en el hombro y por la culpa de haber truncado tantas vidas inocentes, y lo cierto es que la orden de requisamiento jamás llegó a ejecutarse y con el tiempo se olvidó porque nunca había sido escrita. Después del almuerzo, Magilo solicitó un tiempo de reposo. Prefirió no hacer uso de la habitación que le había ofrecido mi padre y salió al patio, fue hacia el rincón de las higueras y se recostó sobre uno de los troncos. Así, masticando unas hierbas que sacó de su morral, permaneció hasta que el sol se retiró por completo. Mi padre me explicó que aquel hombre iba de aldea en aldea, incluidas las más alejadas en el monte, visitando a las familias viejas y haciendo presentes los recuerdos más antiguos. Me dijo mi padre, eso que ahora mastica son raíces de nogal, el mejor remedio, según él, para apaciguar el dolor que le ocasiona la ansiedad de la muerte. Me habló entonces mi padre, una vez más, del origen de nuestra familia. Me describió los bosques que iban desde los montes de Granda hasta la poderosa Peña Mea y de las fuentes que brotaban entre las rocas de la Peña del Cuervo y de los robles gigantes de la Campa de la Parra, y nombró a príncipes y a guerreros, y me refirió grandezas y también penalidades, y me habló de una mujer de arrogante energía que había parido veinticinco hijos y de un arrónida emparentado con los dioses que tenía el poder de realizar un prodigio cada siete lunas, y a mí me costaba relacionar los albures de su discurso entrecortado, pues llegaba empapado de una nostalgia que ahogaba las palabras y mechado de alusiones que yo no conseguía comprender. Me habló de las tribus gobernadas por el príncipe Ableca y de las ceremonias del fuego celebradas en honor de la luna, y le pregunté por los siervos de la luna, y él me preguntó a su vez, quién te habló a ti de los siervos de la luna, y le respondí que

el pueblo hablaba de ellos porque temía sus actos y sus execraciones, y que a ellos se achacaban la mayoría de las profanaciones, los crímenes y las adversidades, y también le dije a mi padre que yo había escuchado que esos siervos de la luna realizaban ceremonias nefandas y hechicerías y que le ofrecían a la luna sacrificios humanos. Eso es lo que el pueblo comenta, le dije a mi padre, y él se molestó y me respondió, sé lo que el pueblo ignorante comenta, pero esos siervos de la luna no son más que una excusa, un burdo pretexto para explicar blasfemias y tropelías, así que olvida esa quimera y no te inquietes por lo que no es más que producto de los ensalmos y consecuencia del miedo. Miré hacia un lado del patio y toscas hachas golpeaban los leños, que rodaban por el suelo, y miré hacia otro lado y el siervo Társulo, el más anciano de todos, recogía los cerdos y las gallinas y los gansos, y miré al cielo y las nubes se precipitaban como mantos negros que llegaran para cubrir la tierra.

